

## Curso

# Lectura teológica de “Lumen fidei” a la luz del arte cristiano

Profesor: Juan Miguel Prim Goicoechea  
Ayudante: Helena Faccia Serrano

INSTITUTO DIOCESANO DE TEOLOGÍA  
ESCUELA DE ARTE CRISTIANO  
Diócesis de Alcalá de Henares

Lunes 14 de octubre de 2013

### “La luz de la fe”. Introducción. LF 1-7

Este curso forma parte de la propuesta formativa del Instituto Diocesano de Teología del obispado de Alcalá de Henares, en colaboración con la Escuela de Arte Cristiano, de cuyas iniciativas algunos de vosotros ya habéis participado. Junto al trienio básico de estudios teológicos, el Instituto “Santo Tomás de Villanueva” ofrece cursos monográficos de historia de la Iglesia y de otras materias, como la que hoy nos ocupa.

Pero, junto a este origen institucional, por así decir, quisiera hoy confesaros un origen más personal. Apenas publicada la encíclica *Lumen fidei*, del papa Francisco, comencé su lectura, primero de manera personal y luego compartiendo algunos pasajes con amigos cercanos.

Ya desde las primeras páginas, mientras progresaba la lectura, venían a mi mente algunas imágenes del arte cristiano: iconos, rostros de Cristo y de los discípulos, cuadros de Chagall... Me parecía que las afirmaciones del texto, de una gran profundidad teológica y existencial, podían encontrar un adecuado correlato en ciertas expresiones de obras de arte nacidas de la fe. Pasó el verano y cuando preparaba con mis colaboradores las propuestas del Instituto y de la Escuela de Arte, me vino de nuevo a la mente la encíclica. Y aquí estamos, proponiendo una lectura teológica de *Lumen fidei* a la luz del arte cristiano.

## LECTURA TEOLÓGICA

Quisiera explicar brevemente, en primer lugar, por qué hablamos de “lectura teológica”. Las escenas del Evangelio, la vida de Jesús, incluso los misterios de la fe, han servido muchas veces a los artistas como fuente de inspiración para sus obras. El establo de Belén o la desnuda cima del Gólgota, la Samaritana junto al pozo o María Magdalena a los pies de Jesús han sido “tema” de obras pictóricas o escultóricas, o también de una obra literaria o de un “libretto” musical. El bautismo, los milagros o la Resurrección han sido representados o evocados en el arte que solemos llamar “religioso”. Pero a veces -sobre todo a partir del Renacimiento-, el motivo o tema llegaba a ser un pretexto para manifestar la habilidad y maestría del artista en el uso de la luz, el dibujo anatómico o la pintura del paisaje. Nosotros no queremos “ilustrar” unas afirmaciones cristianas como las de la encíclica con obras de arte. Sería demasiado poco. Queremos, en primer lugar, profundizar teológicamente en lo que se dice en el texto; y también

en lo que no se dice, porque no se puede decir, porque es inefable. Y para ello queremos llamar en nuestra ayuda al arte cristiano, al gran patrimonio de la expresión artística que ha nacido de la fe en Cristo, a la obra de los grandes artistas que han vivido, no sin contradicciones personales, en el gran seno de la madre Iglesia.

Para entender lo que significa “lectura teológica” puede sernos de gran ayuda recordar unas palabras de Benedicto XVI, pronunciadas el 30 de junio de 2011 con ocasión de la entrega del “Premio Ratzinger”, recién instituido por la “Fundación Vaticana Joseph Ratzinger”. El entonces Papa confirió este premio al sacerdote y teólogo español Olegario González de Cardedal, al italiano Manlio Simonetti, experto en Literatura cristiana antigua y profesor mío de Patrología en mis años romanos, y al monje cisterciense Maximilian Heim, abad del monasterio de Heiligenkreuz en Austria.

Dirigiéndose a los asistentes al acto, Benedicto XVI definió la teología como “la ciencia de la fe”. Pero inmediatamente después, consciente de las dificultades que suscita una definición semejante en el hombre de nuestros días, se preguntaba: “¿Es esto realmente posible? ¿No se trata de una contradicción? ¿Acaso la ciencia no es lo contrario de la fe? ¿La fe no deja de ser fe, cuando se convierte en ciencia? ¿Y no deja tal vez la ciencia de ser ciencia, cuando se ve ordenada o incluso subordinada a la fe?”

El entonces aún Papa recordaba cómo en la modernidad la teología sucumbió en parte a la tentación de centrarse en la investigación histórica sobre los datos bíblicos, sobre las palabras originales de Jesús, sobre la historia de la redacción y transmisión del texto, para justificar así su estatuto científico. De ello se derivaron, ciertamente, muchos bienes. Pero, añadía, “si la teología se repliega totalmente en el pasado, deja hoy la fe a oscuras”. Otra senda recorrida por la teología más reciente, la de la segunda mitad del siglo XX, ha sido la de la praxis, en relación con la psicología y la sociología, con el deseo de mostrar la utilidad del cristianismo para la transformación del mundo. Pero “si la fe no se convierte, al mismo tiempo, en objeto del pensamiento; si la praxis sólo se refiere a sí misma o vive únicamente de los préstamos de las ciencias humanas, entonces queda vacía y sin fundamento”.

Las vías que acabamos de señalar, u otras que la teología ha recorrido recientemente con diverso fruto, son ciertamente una riqueza, pero “por útiles e importantes que sean, se convertirían en subterfugios si la pregunta verdadera quedara sin respuesta”. Esta pregunta es: “¿Es verdad lo que creemos o no?” En este curso queremos responder, desde la luz de la razón, de la Revelación y del arte, a la pregunta sobre la verdad de nuestra fe. ¿Es verdad lo que creemos o no? ¿Es verdad lo que dice *Lumen fidei* o no? Esto es hacer una lectura teológica: servirnos de los instrumentos de esta ciencia para indagar y llegar a una certeza sobre la racionalidad, sobre la verdad de nuestra fe.

Llegados a este punto, Benedicto XVI citaba una expresión de Tertuliano, autor cristiano que vivió a caballo entre los siglos II y III, y que ha sido definido recientemente por uno de sus mayores estudiosos como “el primer teólogo de Occidente”. Tertuliano escribía que Cristo no dijo: “Yo soy la costumbre”, sino: “Yo soy la verdad”. “*Non consuetudo, sed veritas*”. La costumbre define bien lo que eran las religiones paganas de la antigüedad: “se hace lo que se ha hecho siempre; se observan las formas culturales tradicionales, esperando mantenerse así en la justa relación con el ámbito misterioso de lo divino”. No cabe duda que toda religión, y toda tradición, corre siempre el peligro de convertirse en costumbre; también el cristianismo. Frente a

la costumbre, Benedicto XVI ponía en el centro la verdad: “el aspecto revolucionario del cristianismo en la antigüedad fue precisamente su ruptura con la costumbre por amor a la verdad”.

Junto a esta centralidad de la verdad, el anterior Papa recordaba un segundo aspecto esencial en la interpretación de la fe cristiana. La designación de Cristo como “Logos”, especialmente en el cuarto Evangelio, el de San Juan. “Si Cristo es el *Logos*, la verdad, el hombre debe corresponderle con su propio *logos*, con su razón. Para llegar hasta Cristo debe seguir el camino de la verdad. Debe abrirse al *Logos*, a la Razón creadora, de la que se deriva su propia razón y a la que ésta lo remite. De este modo se comprende que la fe cristiana, por su misma naturaleza, debía suscitar la teología, tenía que interrogarse sobre la razonabilidad de la fe, aunque, naturalmente, el concepto de razón y el de ciencia abarquen muchas dimensiones, por lo que la naturaleza concreta del nexo entre fe y razón debía y debe ser nuevamente evaluada”.

Nos situamos por tanto en el terreno de la verdad, de la razón y de la fe. Pero, advierte Benedicto XVI, a Dios no se le conoce con la razón experimental, la única que hoy es generalmente aceptada como científica. No podemos someter lo divino a las pruebas del laboratorio. Las ciencias naturales siempre serán auxiliares en teología. Desde sus inicios, los interlocutores del pensamiento cristiano no fueron las religiones “consuetudinarias”, sino los “filósofos”, los amantes de la verdad. En este sentido, el teólogo Ratzinger subrayaba hace ya muchos años que el encuentro del cristianismo de los orígenes con el pensamiento helenístico fue un hecho providencial, ya que permitió el nacimiento de la teología y el pensamiento cristiano en categorías racionales, comunicables.

Concluyo esta larga referencia al discurso de Benedicto XVI en la entrega del “Premio Ratzinger” con estas palabras tuyas que sintetizan el trabajo y la importancia de una teología auténtica: “La fe recta orienta a la razón hacia su apertura a lo divino, para que ésta, guiada por el amor a la verdad, pueda conocer a Dios más de cerca. La iniciativa de este camino la tiene Dios, que ha puesto en el corazón del hombre la búsqueda de su rostro. Por lo tanto, forman parte de la teología, por un lado, la humildad que se deja “tocar” por Dios, y, por otro, la disciplina que se vincula al orden de la razón, que preserva al amor de la ceguera y que ayuda a desarrollar su fuerza visual”.

## A LA LUZ DEL ARTE CRISTIANO

Una vez aclarado qué entendemos -al menos inicialmente- por “lectura teológica”, conviene que abordemos brevemente la relación entre teología y arte, aunque espero que este vínculo se vaya clarificando a lo largo del curso precisamente a través del estudio de las obras que iremos proponiendo.

Antes decíamos que el acceso a Dios, a su misterio, acontece mediante el uso de nuestra razón y mediante la gracia de la fe. En este sentido, conviene distinguir el conocimiento que podemos llamar “natural” de Dios, del conocimiento “por revelación”. En ambos casos hemos de usar la razón. Pero en el segundo juega un papel decisivo la iniciativa de Dios y la fe.

Respecto del conocimiento natural de Dios hemos de recordar una afirmación central del Magisterio de la Iglesia: “Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza

mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas" (Concilio Vaticano I, *Dei Filius*, 2). Esta afirmación, que nos separa de la tradición protestante, se apoya en varios textos bíblicos. El primero de ellos es el libro de la Sabiduría, en el que leemos: "Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, por razonamiento (analogía) se llega a conocer al Hacedor de éstas" (Sb 13,15). Y en la Carta a los Romanos leemos: "Porque, desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas, de manera que ellos [quienes no reconocen a Dios] son inexcusables» (Rom 1,20).

Utilizando una conocida metáfora, podemos decir que la naturaleza, el mundo creado, es un gran libro, que puede ser leído por quien se esfuerza en aprender su lenguaje. Tommaso Campanella escribía en 1622: "El mundo es un libro donde la razón eterna escribe sus propios conceptos". Y Galileo, añadía un año después: "La filosofía está escrita en ese libro enorme que tenemos continuamente abierto delante de nuestros ojos (hablo del universo), pero que no puede entenderse si no aprendemos primero a comprender la lengua y a conocer los caracteres con que se ha escrito. Está escrito en lengua matemática, y los caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas sin los cuales es humanamente imposible entender una palabra; sin ellos se deambula en vano por un laberinto oscuro".

Así los científicos -matemáticos, físicos, biólogos- que continúan aprendiendo este vasto vocabulario, investigan de manera apasionante el mundo subatómico o el universo astronómico, con sus 93.000 millones de años luz de extensión. Pero también lo hace el hombre normal, lo hacemos cada uno de nosotros -más allá de las matemáticas- cuando nos preguntamos de dónde procede tanta belleza, tal magnitud, o cómo es posible que haya un código tan complejo y bien diseñado en la estructura de la materia.

¿Y el artista? El artista también lee en este libro. La mirada poética o artística se deja provocar por lo que ve, por la impresión que percibe de la luz, de la forma, del color, y así aprende a interpretar los signos. ¿Y qué encuentra? Encuentra que el mundo es algo más que el mundo. Lo dice genialmente un poeta español, Eloy Sánchez Rosillo, cuando escribe:

"De qué manera tan irrepetible / ha ido hilvanando la naturaleza / todas las cosas que mis ojos ven / precisamente ahora, en este día / hermosísimo y único del mundo.  
En principio parece la mañana / una mañana igual que cualquier otra, / pero ninguna ha habido como ésta, / ni tampoco ha de haberla en el futuro.  
Todo es distinto siempre, y prodigiosa / tanta diversidad casi impensable.  
El mar, el cielo, el aire, aquellos montes / que la distancia desdibuja, el álamo / encendido de sol, la golondrina / que vuela en el jardín de un lado a otro / y que con entusiasmo inagotable / traza sus garabatos en la luz.  
Toda cosa en sí misma, y el conjunto / de cuanto miro, se me muestran hoy / como ya nunca más han de mostrarse, / y también los contemplo yo de un modo / que el instante genera y va extinguiendo.  
Hay en esto un misterio muy profundo / (que aunque nos da sosiego, nos aboca / a la inquietud de una insondable sima), / algo que no es azar y que gobierna / el todo y cada parte y cada una / de sus combinaciones infinitas / con poderosa y amorosa ley.  
El ser testigo fascinado, absorto, / de tanta maravilla esta mañana, / me conmueve y me llena el corazón / de alegría y consuelo".

El poema está tomado de su libro *Oír la luz* (Tusquets Editores, 2008). Si sois aficionados a la poesía sin duda conoceréis otros ejemplos de lo que nos dice Sánchez Rosillo. “Todo es distinto siempre”, “hay en esto un misterio muy profundo”... “algo que no es azar y que gobierna el todo y cada parte y cada una de sus combinaciones infinitas con poderosa y amorosa ley”. Vemos cómo el poeta llega a reconocer el mundo como revelación de Dios. El poeta usa la razón, pero también el corazón. Se deja provocar por los sentidos, capta en la realidad “algo más”, un “misterio”. Esto es lo propio del arte. Pensemos en la música, en su poder de evocación. O en la pintura, que no sólo “re-presenta” la realidad -lo cuál no es poca cosa-, sino que penetra en ella, se deja provocar por ella. Así, aun sin la ayuda de una Revelación sobrenatural, la mirada del artista logra reconocer en la naturaleza, en el mundo creado, y en el interior de su propio corazón, el lenguaje del misterio. Y en este sentido, podríamos decir que todo arte verdadero, todo arte de calidad, es en cierto sentido “religioso”. Es este como sabéis un debate interesante. Normalmente se entiende por “arte religioso” aquel que tiene como tema motivos llamados religiosos. Y hoy en general al mundo de la cultura no le interesa demasiado este arte de tema religioso. Aunque hay excepciones. Pero si por “religioso” entendemos una posición ante la realidad que capta su nexo, su relación o religación con quien la crea a cada instante, con el Misterio, yo creo que podemos decir que el poema de antes es un poema “religioso” y que todo arte verdadero es “religioso”. Pero eso no significa que sea “cristiano”.

Llegados a este punto, y aquí quiero concluir este inicio de reflexión que hemos de profundizar a lo largo del curso, hemos de decir que el conocimiento natural de Dios no es suficiente para sostener el camino y la vida del ser humano. Que el ser humano, con la luz natural de su razón creada por Dios, pueda conocer la existencia de Dios, no significa que todos lo hagan, y sobre todo, que puedan llegar a conocer la intimidad de Dios y su designio, y hacerlo sin error.

Eloy Sánchez Rosillo lo reconoce en otro poema: “No se puede hacer nada. / Algunos, aunque miren, nunca ven / que abril no es sólo abril, / sino algo más, inmenso, incalculable. / Es muy fácil de ver, pero hay que verlo. / ¿Cómo no se dan cuenta? / ¿Dónde tienen los ojos? Están ciegos del todo. No hay remedio”.

Si la mirada poética no es patrimonio de todos, como advierte el poeta, hemos de decir que ni siquiera esta mirada es suficiente. Santo Tomás escribió que, en el estado actual del género humano, hace falta la ayuda de Dios para que las verdades que se refieren a Él puedan ser “conocidas de todos sin dificultad, con una certeza firme y sin mezcla de error”. Pero ya antes que Santo Tomás la sabiduría griega había llegado a la misma conclusión. Escribe Platón en el *Fedón*:

“Me parece, Sócrates, y quizá también a ti, que la verdad segura en estas cosas no se puede alcanzar de ningún modo en la vida presente, o sólo con grandísimas dificultades. Pero pienso que sería una vileza no estudiar con todo respeto las cosas que se han dicho al respecto, o abandonar la búsqueda antes de haberlas examinado. Porque en estas cosas, una de dos: o se llega a conocerlas, o, si esto no se consigue, uno se agarra al mejor y más seguro entre los argumentos humanos y con éste, como en una barca, intenta atravesar el piélago. A menos que se pueda hacer la travesía con más comodidad y menor riesgo en un transporte más sólido y más seguro, es decir, con la ayuda de la palabra revelada del dios”.

Sin este “transporte más sólido y más seguro” que anhelaba Platón la búsqueda religiosa del ser humano desemboca con frecuencia en la “idolatría”, como ponen de manifiesto las religiones de la antigüedad. Y esta consideración es importante también para el arte contemporáneo. ¿Hasta qué punto algunas de las manifestaciones del arte de nuestros días no son idolátricas, porque han perdido la dinámica natural del signo y no se dejan tampoco iluminar por la Revelación, sino que más bien se oponen a ella?

#### LA PALABRA SE HA HECHO CARNE

Pero volviendo al *Fedón*, lo que afirma el cristianismo es precisamente que el deseo, la profecía de Platón se ha hecho realidad. Tenemos la ayuda de “la palabra revelada de un dios”. Ya la teníamos en el Antiguo Testamento, y en este curso examinaremos imágenes que tienen que ver con la larga historia de Israel y el paciente desplegarse de la revelación de Dios. Pero con la Encarnación del Hijo de Dios ya no sólo tenemos la “palabra”, sino la “Persona”, el “Rostro”. Con la encarnación la historia se divide en dos y se ponen las bases para el nacimiento de un “arte cristiano”. Ya no es necesario imaginarse a Dios o a los dioses, como hacía la mitología proyectando sobre los seres divinos o semidivinos la enredada maraña de las pasiones humanas. Ahora basta mirar a Cristo, la “imagen visible del Dios invisible”, la clave de lectura de toda la realidad. San Ireneo escribió: “Lo visible del Padre es el Hijo (Jesucristo); lo invisible del Hijo es el Padre”. La dinámica del signo, tan presente en la creación, se hace ahora “sacramental”. Recordemos la definición de “sacramento”: signo eficaz de salvación. A través de la divino-humanidad de Jesucristo, como gusta decir la teología oriental, se nos revela el misterio de Dios. Sólo así entendemos, por ejemplo, el papel que la tradición cristiana, especialmente la oriental, atribuye a las imágenes sagradas, a los iconos.

Recordemos lo que dijo Benedicto XVI en su visita al templo de la Sagrada Familia de Barcelona, el 7 de noviembre de 2010: “En este recinto, Gaudí quiso unir la inspiración que le llegaba de los tres grandes libros en los que se alimentaba como hombre, como creyente y como arquitecto: el libro de la naturaleza, el libro de la Sagrada Escritura y el libro de la Liturgia”.

Nosotros también queremos usar estos tres libros, incluyendo en la Liturgia el arte cristiano, que como un “sacramental” nos ayuda a entrar en el Misterio de Dios, en aquello que los conceptos y las palabras no consiguen desvelar.

#### BENEDICTO XVI Y FRANCISCO

Pero vamos a la encíclica. Hay en *Lumen fidei* un rasgo que la hace especial, un hecho sorprendente. La encíclica es del papa Francisco, quien la ha firmado con fecha del 29 de junio de 2013, solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Pero el contenido, como reconoce el propio papa, es casi por completo de Benedicto XVI. En el número 7 de *Lumen fidei* leemos: “Él (Benedicto XVI) ya había completado prácticamente una primera redacción de esta Carta encíclica sobre la fe. Se lo agradezco de corazón y, en la fraternidad de Cristo, asumo su precioso trabajo, añadiendo al texto algunas aportaciones” (LF 7).

Este es un hecho inédito en la historia, al menos reciente, de la Iglesia. Es un signo de comunión, o como dice el papa, de fraternidad en Cristo. Para profundizar en lo que significa

esta fraternidad y esta comunión en la Iglesia me gustaría proponer la primera de las obras de arte que analizaremos durante este curso.



Relieve de Pedro y Pablo, Aquileya, siglo IV

En el Museo Paleocristiano de Monastero, en las afueras de Aquileya, ciudad situada en el extremo norte de Italia, junto al Adriático, se conserva un bajorrelieve del siglo IV que representa el abrazo de los apóstoles Pedro y Pablo.

La pieza, esculpida en piedra, fue hallada en el año 1901 en una basílica paleocristiana del siglo IV dedicada a los mártires Félix y Fortunato, ubicada al sudeste de Aquileya. Esta ciudad fue una importante sede episcopal. Según las características fisiognómicas con que son representados los dos santos, el relieve, que se conserva incompleto, puede ser datado en los primeros decenios del siglo IV, poco después del Edicto de Milán.

La escena representa el abrazo de Pedro y Pablo, que se miran fijamente. Pedro a la izquierda y Pablo a la derecha, son representados conforme a los cánones propios de la época, que han permanecido prácticamente inalterados hasta nuestros días. ¿Cuál es el significado de esta imagen? ¿Por qué representaron los cristianos del siglo IV el abrazo de los dos santos?

La respuesta la encontramos en primer lugar en el ámbito litúrgico. Desde muy antiguo la Iglesia celebró la solemnidad de los apóstoles Pedro y Pablo en un mismo día, el 29 de junio. La Iglesia los reconoce unidos en el mismo martirio, signo de fidelidad y amor a Cristo. Derramando su sangre -uno en la colina vaticana y el otro junto a la vía ostiense- se han hecho hermanos. Juntos han fundado la nueva Roma cristiana. Así canta Paulino de Aquileya (+806): "*O Roma felix*, Roma feliz, adornada de púrpura por la sangre preciosa de Príncipes tan grandes. Tú superas toda belleza del mundo, no por tu mérito, sino por el mérito de los santos que has matado con la espada sanguinaria". Así, en la iconografía cristiana Pedro y Pablo son los nuevos Rómulo y Remo, hermanos fundadores de la nueva Roma, la Roma cristiana que se eleva sobre el lugar de su doble martirio. Unas palabras de Benedicto XVI, el 29 de junio de 2012, avalan esta interpretación: "La tradición cristiana siempre ha considerado inseparables a san Pedro y a san Pablo: juntos, en efecto, representan todo el Evangelio de Cristo. En Roma, además, su vinculación como hermanos en la fe ha adquirido un significado particular. En efecto, la comunidad cristiana de esta ciudad los consideró una especie de contrapunto de los míticos Rómulo y Remo, la pareja de hermanos a los que se hace remontar la fundación de Roma".

Pero hay más, y ésta es la riqueza de la tradición cristiana. Sigue diciendo Benedicto XVI: "Se puede pensar también en otro paralelismo opuesto, siempre a propósito del tema de la hermandad: es decir, mientras que la primera pareja bíblica de hermanos nos muestra el efecto del pecado, por el cual Caín mata a Abel, Pedro y Pablo, aunque humanamente muy diferentes el uno del otro, y a pesar de que no faltaron conflictos en su relación, han constituido un modo nuevo de ser hermanos, vivido según el Evangelio, un modo auténtico hecho posible por la gracia del Evangelio de Cristo que actuaba en ellos. Sólo el seguimiento de Jesús conduce a la nueva fraternidad: aquí se encuentra el primer mensaje fundamental que la solemnidad de hoy nos ofrece a cada uno de nosotros, y cuya importancia se refleja también en la búsqueda de aquella plena comunión, que anhelan el Patriarca ecuménico y el Obispo de Roma, como también todos los cristianos".

Dos hombres distintos en carácter, cultura y educación religiosa, pero unidos por el encuentro con Cristo, que cambió sus vidas y les dio una nueva identidad y una nueva visión. Así, este relieve se convierte en icono de la comunión en la Iglesia, del abrazo de los discípulos de Cristo. La Iglesia es una comunión. Roma se funda en un abrazo, en una concordia.

En la misma solemnidad de Pedro y Pablo, en el año 2008, el papa Benedicto XVI dijo: "En virtud de su martirio, Pedro y Pablo están en relación recíproca para siempre. Una imagen preferida por la iconografía cristiana es el abrazo de los dos Apóstoles de camino hacia el martirio. Podemos decir: su mismo martirio, en lo más profundo, es la realización de un abrazo fraterno. Ellos mueren por el único Cristo y, en el testimonio por el que dan la vida, son una cosa sola. En los escritos del Nuevo Testamento podemos, por así decirlo, seguir el desarrollo de su abrazo, este hacer unidad en el testimonio y en la misión. Todo comienza cuando Pablo, tres años después de su conversión, va a Jerusalén, 'para consultar a Cefas' (Ga 1,18). Catorce años después, sube de nuevo a Jerusalén, para exponer 'a las personas más respetables' el Evangelio que él predica, para no encontrarse en el riesgo 'de correr o de haber corrido en vano' (Ga 2,1s.). Al final de este encuentro, Santiago, Cefas y Juan le dan la mano derecha, confirmando así la comunión que les une en el mismo Evangelio de Jesucristo (Ga 2,9). Un bello signo de este abrazo interior creciente, que se desarrolla no obstante la diversidad de los temperamentos y de los cometidos, lo encuentro en el hecho de que los colaboradores mencionados al final de la Primera Carta de san Pedro -Silvano y Marcos- son colaboradores



también estrechos de san Pablo. En la unión de los colaboradores se hace visible de forma muy concreta la comunión de la única Iglesia, el abrazo de los grandes Apóstoles”.

¿Por qué he propuesta esta imagen al hablar de la autoría de la encíclica *Lumen fidei*? Supongo que ya lo habéis entendido. Pero una imagen vale más que mil palabras.



La elocuente fotografía es del 5 de julio de 2013, con ocasión de la inauguración de una estatua de San Miguel Arcángel en los jardines vaticanos. Había pasado tan sólo una semana desde la publicación de *Lumen fidei*. El abrazo de los dos papas, uno emérito y el otro inaugurando aún ministerio, evoca el relieve que acabamos de comentar. Aunque en la imagen de Aquileya no se trata de dos papas, el valor iconográfico es el mismo: la comunión en la guía de la Iglesia. Frente a aquellos que quieren contraponer de manera radical los dos pontificados, la redacción “a cuatro manos” de *Lumen fidei* -como dijo el propio papa Francisco- habla de comunión y fraternidad.

Olegario González de Cardedal, a quien antes hacíamos referencia, escribía en “La Tercera” de ABC: “¿A quién honra más este texto: a quien renuncia a su autoría y lo entrega a otro o a quien acepta el magisterio de su predecesor y lo hace suyo como punto de partida del propio pontificado? Así la piedra cumbre de un edificio se convierte en piedra cimiento del siguiente, que no es otro edificio, porque lo que está aquí en juego no son dos arquitectos, sino la única Iglesia de Cristo para iluminación y salvación de los hombres”. Me parece un juicio muy acertado, y es lo que queríamos ilustrar con el relieve de Aquileya.

## QUÉ ES UNA CARTA ENCÍCLICA

El trabajo de este curso está centrado en la lectura de una Carta encíclica, *Lumen fidei*. Pero ¿qué es exactamente una “Carta encíclica”? ¿Y qué valor magisterial tiene?

El término “encíclica” procede del cristianismo de los orígenes. En griego “egkyklios” significa “envolver en círculo”, y aplicado a una carta hace referencia a que circula entre diversos grupos de personas. Siguiendo el ejemplo de los apóstoles, los obispos de la Iglesia antigua escribieron cartas circulares que recorrían las diversas iglesias de una zona. Pero es a partir de 1766, con Benedicto XIV, cuando el término comienza a aplicarse en sentido estricto a las Cartas escritas por los papas y dirigidas a toda la catolicidad. A diferencia de la Iglesia Católica, en las iglesias ortodoxas se sigue aplicando el término también a las cartas escritas por obispos.

Si hablamos de los últimos pontificados, podemos recordar que Juan Pablo II escribió 14 encíclicas, la primera *Redemptor hominis* y la última *Ecclesia de Eucharistia*. Benedicto XVI escribió tres encíclicas: *Deus caritas est*, *Spe salvi* y *Caritas in veritate*. La última encíclica, que no llegó a concluir, es *Lumen fidei*, asumida por el papa Francisco.

Normalmente las encíclicas son escritas en latín, o al menos el latín es la lengua oficial a partir de la cual se traducen a las diversas lenguas modernas. Las primeras palabras del texto latino son las que dan nombre a la encíclica. En nuestro caso “*Lumen fidei*”, “la luz de la fe”.

La encíclica sigue en valor magisterial a la Constitución Apostólica, que trata las materias más solemnes de la Iglesia, canónicas o dogmáticas. La última Constitución Apostólica publicada en la Iglesia es de Benedicto XVI: *Anglicanorum Coetibus*, de 2009, sobre la institución de ordinariatos personales para los anglicanos que entran en la plena comunión con la Iglesia católica. No cabe duda que en una encíclica se reúnen acentos e insistencias propias de un pontificado. Así es en el caso de Benedicto XVI y del papa Francisco.

## BREVE RECORRIDO POR *LUMEN FIDEI*

Tras las encíclicas sobre la caridad, *Deus caritas est*, y sobre la esperanza, *Spe salvi*, todos esperábamos una carta sobre la fe de la pluma de Benedicto XVI, con la que completara la trilogía sobre las virtudes teologales. Sin embargo el papa emérito quiso escribir una tercera encíclica sobre la relación entre fe y verdad, *Caritas in veritate*.

*Lumen fidei* completa finalmente esa trilogía, y lo hace precisamente en el *Año de la fe*, siendo por tanto un precioso instrumento para vivir este año especial de gracia.

La encíclica tiene una introducción y cuatro capítulos. En la introducción (nn. 1-7), que vamos a leer a continuación, se presenta el tema de la encíclica: la fe como luz que ilumina toda la existencia humana e invita a los cristianos a *redescubrir el carácter luminoso de la fe*.

El primer capítulo lleva por título “Hemos creído en el amor” y desarrolla *la historia de la fe* de Abraham, Moisés y el pueblo de *Israel*, hasta llegar a la plenitud de la revelación en Jesús. Hay en este capítulo una indicación de método que quisiera subrayar: “si queremos entender lo que es la fe -escribe el papa-, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres

creyentes” (LF 8). El lenguaje de la fe es un lenguaje narrativo, testimonial, que nace del encuentro y de la experiencia personal de Dios. Y el centro de la fe cristiana es *Jesucristo*, muerto y resucitado, el testigo fiel. Pero además, y éste es un punto en el que vamos a insistir en este curso, “la fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver” (LF 18). Esta fe nos salva, porque nos “abre radicalmente a un Amor que nos precede y nos transforma desde dentro, que obra en nosotros y con nosotros” (LF 20), hasta poder llegar a decir con San Pablo “no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”. “En la fe el ‘yo’ del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro” (LF 21). Concluye este primer capítulo hablando de la “forma eclesial de la fe” (LF 22), recordando con Guardini que “la unidad de la *Iglesia* en Cristo es la portadora histórica de la visión integral de Cristo sobre el mundo”.

El segundo capítulo lleva por título “Si no creéis, no comprenderéis”, y aborda *la relación entre fe, conocimiento de la verdad y amor*. El papa insiste en que la fe es una forma de conocimiento, porque “la fe sin verdad, no salva” (LF 24). La fe no es una “bella fábula” o un “sentimiento hermoso” que consuela y entusiasma pero no permite recorrer el camino de la vida. Urge recuperar la conexión entre fe y verdad. Pero el conocimiento propio de la fe es un conocimiento amoroso: “la fe conoce por estar vinculada al amor” (LF 26), que implica a toda la persona, a su ‘corazón’ en sentido bíblico. Aquí el papa hace una preciosa reflexión sobre la relación entre verdad y amor.

En este mismo capítulo hay unos números dedicados a una cuestión que nos interesa mucho: *la relación de la fe con la escucha y la visión*. Con frecuencia se han contrapuesto ambas formas de conocimiento. Pero “a la escucha de la Palabra de Dios se une el deseo de ver su rostro” (LF 29), deseo que finalmente se cumple con la encarnación del Verbo. “La luz de la fe es un Rostro en el que se ve al Padre” (LF 30). Aludiendo al cuarto Evangelio, el de San Juan, el papa señala: “Gracias a la unión con la escucha, el ver también forma parte del seguimiento de Jesús, y la fe se presenta como un camino de la mirada, en el que los ojos se acostumbran a ver en profundidad” (LF 30).

Culmina el segundo capítulo con unos números dedicados a tres importantes cuestiones: el *diálogo entre fe y razón*, con San Agustín como modelo; la relación entre *fe y búsqueda de Dios*, en la que el papa pone como imagen a los Magos de Belén; y la relación entre *fe y teología*.

El tercer capítulo se titula “Transmito lo que he recibido” y está dedicado a la *transmisión eclesial de la fe*. La clave la encontramos en el primer número: “La fe se transmite [...] por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama” (LF 37). “Quien cree nunca está solo” (LF 39), porque participa del ‘nosotros’ de la fe, que ha llegado a nosotros mediante una cadena ininterrumpida de testimonios. La memoria vida de la Iglesia se transmite como palabra y como luz, mediante la tradición apostólica y los sacramentos, en los que “lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno” (LF 40). Tras reseñar los sacramentos de la iniciación cristiana, bautismo, confirmación y eucaristía, y su relación con el *Credo* eclesial, el capítulo concluye con la referencia a la oración del Padrenuestro, al Decálogo y a las Bienaventuranzas.

El cuarto y último capítulo se titula “Dios prepara una ciudad para ellos”. Aborda aquí el papa el servicio que la fe presta a la *edificación de la ciudad humana*, al bien común. Habla la encíclica del “arte de la edificación”, de la “arquitectura de las relaciones humanas” (LF 51). Se habla de la familia como el primer ámbito humano iluminado por la fe, de la fraternidad universal que se

fundamenta en el Padre común y de la dignidad única de cada ser humano. La fe, en definitiva, ilumina la vida en sociedad, la relación justa con la naturaleza, el perdón y la unidad.

Concluye la encíclica, como es habitual en los documentos eclesiales, con una referencia a la fe de la Virgen María, “icono perfecto de la fe” (LF 58). Ella “concibió fe y alegría”. La alegría “es el signo más evidente de la grandeza de la fe”. María ha entrado “a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado”. Por eso concluye la encíclica con una petición: María, “enséñanos a mirar con los ojos de Jesús” (LF 59).

Pues bien, este es el trabajo que tenemos por delante. Cincuenta y nueve números que leeremos completos a lo largo de las ocho sesiones del curso. Comenzamos hoy por la introducción.

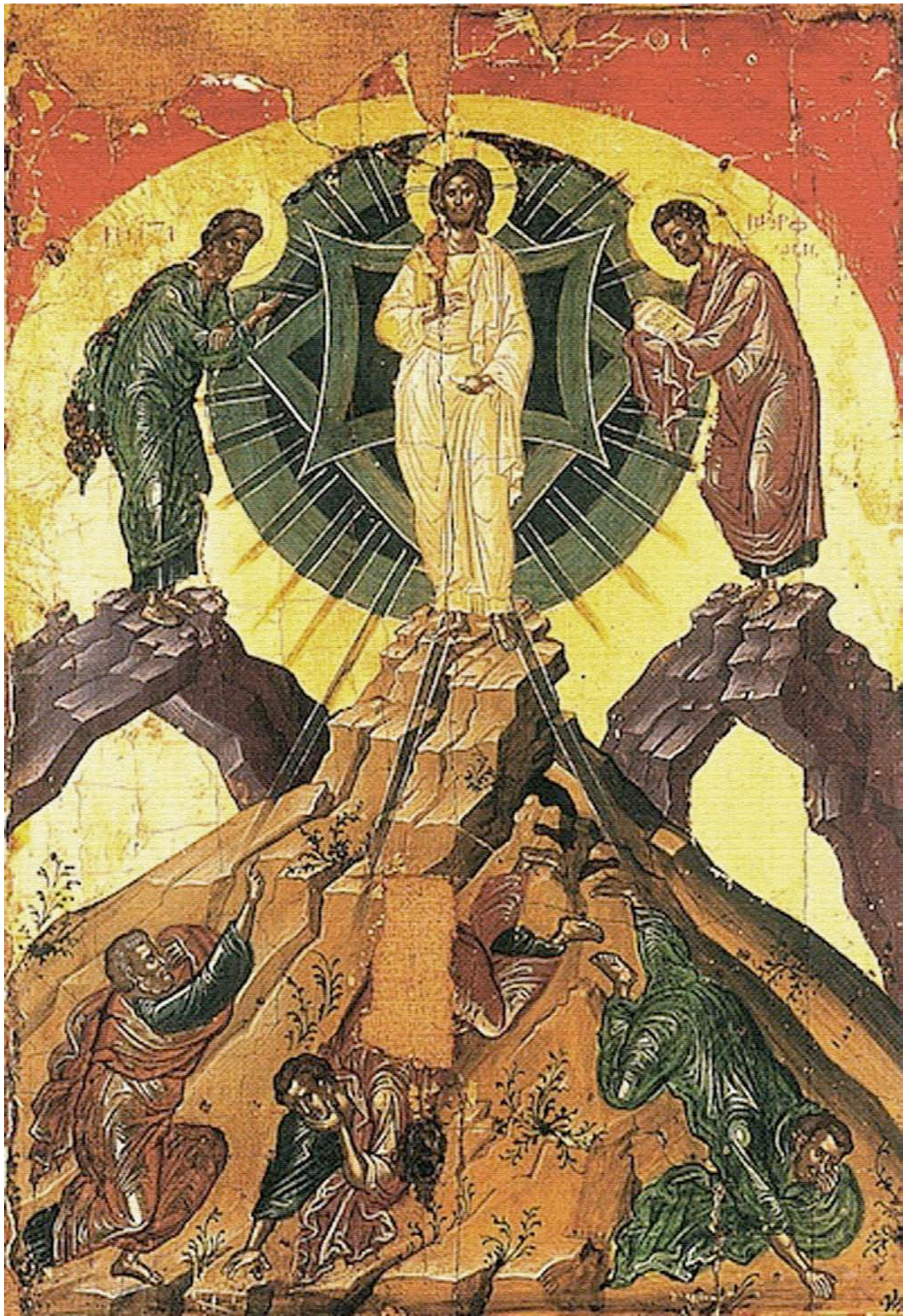
## INTRODUCCIÓN (LF 1)

Leemos el primer número:

1. La luz de la fe: la tradición de la Iglesia ha indicado con esta expresión el gran don traído por Jesucristo, que en el Evangelio de san Juan se presenta con estas palabras: «Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas» (*Jn* 12,46). También san Pablo se expresa en los mismos términos: «Pues el Dios que dijo: “Brille la luz del seno de las tinieblas”, ha brillado en nuestros corazones» (*2 Co* 4,6). En el mundo pagano, hambriento de luz, se había desarrollado el culto al Sol, al *Sol invictus*, invocado a su salida. Pero, aunque renacía cada día, resultaba claro que no podía irradiar su luz sobre toda la existencia del hombre. Pues el sol no ilumina toda la realidad; sus rayos no pueden llegar hasta las sombras de la muerte, allí donde los ojos humanos se cierran a su luz. «No se ve que nadie estuviera dispuesto a morir por su fe en el sol, decía san Justino mártir. Conscientes del vasto horizonte que la fe les abría, los cristianos llamaron a Cristo el verdadero sol, «cuyos rayos dan la vida». A Marta, que llora la muerte de su hermano Lázaro, le dice Jesús: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» (*Jn* 11,40). Quien cree ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino, porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce ocaso.

¿Qué imagen podemos encontrar que nos ayude a comprender este primer número de *Lumen fidei*? Tras darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que hay un misterio de la vida de Cristo que concentra esta dimensión de luz y de gloria, esta referencia a la luz que llega desde Cristo resucitado. Es el misterio de la Transfiguración del Señor.

¿Y qué obra de arte elegir para hablar de la Transfiguración? Pues un icono, una imagen sagrada de la tradición bizantina. Pero hay muchas, unas antiguas y otras más modernas. Esta es la que hemos elegido y ahora os digo por qué.



Icono de la Transfiguración, Teófanos de Creta, 1546

Esta obra excepcional fue pintada por Teófanos de Creta en 1546. Se encuentra en el Monasterio Stavronikita del Monte Athos, en Grecia.

Teófanos Strelitzas, también conocido como “el cretense”, fue uno de los mejores pintores de iconos de la escuela cretense en la primera mitad del siglo XVI. En pintura mural fue considerado el mejor de su tiempo en el ámbito griego. Quizá no conocierais a este pintor, pero sin duda conoceréis a uno de sus discípulos: nada más y nada menos que Doménikos Theotokópoulos, el Greco. Algunos de los frescos de Teófanos sobreviven aún en el Monte Athos, en los monasterios de Stavronikita, Laura y Meteora. Su obra más antigua conservada está datada en 1527 y la última en 1548.

Teófanos nació en Heraclión, en Creta. Como pintor tuvo numerosos alumnos, entre ellos sus dos hijos. En 1535 lo encontramos como monje en el monasterio de Laura, en el Monte Athos, adonde llevó consigo a sus hijos. En los últimos años de su vida regresó a Creta, donde murió en 1559. El Museo del Hermitage, en San Petersburgo, conserva dos murales atribuidos a él.

El monasterio Stavronikita, en el que se conserva esta pintura, es el más pequeño del Monte Athos y su iglesia principal está dedicada a San Nicolás de Bari. Fue edificado, sobre un anterior lugar de culto a la Virgen, en 1536. En la actualidad viven en él unos 30 ó 40 monjes. Teófanos pintó, con la ayuda de su hijo Simeón, el iconostasio de la iglesia.

Entremos en el análisis de la escena representada. El relato de la Transfiguración aparece en los tres evangelios llamados “sinópticos”: Mateo, Marcos y Lucas. Vamos a leer la versión de San Mateo, ya que aunque no es la más antigua contiene los datos principales que encontramos en la imagen. Mientras escuchamos el texto sagrado miremos la imagen:

“En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: ‘Señor, qué hermoso es estar aquí. Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías’. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: ‘Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo’. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándolos les dijo: ‘Levantaos, no temáis’. Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: ‘No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos’ ” (Mt 17,1-9).

Veamos ahora cómo logra plasmar el iconógrafo con colores la escena narrada con palabras. El eje central de la imagen lo ocupa la figura de Cristo. Se encuentra de pie en la cima de una montaña, el Tabor, que representa el lugar de la unión del cielo con la tierra. Recordemos que la mayor parte de las “teofanías”, es decir, de las manifestaciones de Dios, tienen lugar en lo alto del monte, en la cumbre. Sus vestiduras son blancas. En realidad está vestido de luz, irradia luz. Sus vestidos, liberados de la pesantez de este mundo, son revestidos de luz, se vuelven “pneumatóforos”, portadores de Espíritu. El rostro de Cristo irradia como el sol -“Sol invictus” del que habla *Lumen fidei*-, Sol de justicia, que nace de lo alto.

Y este es un rasgo común en todos los iconos. La luz nunca viene de fuera, del exterior. Por eso no hay sombras. La luz viene de dentro, de la propia realidad transfigurada. Es la luz increada, la luz del Padre, de manera especial en el icono de la Transfiguración. El blanco y el dorado representan la resurrección y la divinidad. Su resplandor ilumina la montaña. Aunque tendremos oportunidad de señalarlo más adelante, conviene recordar aquí que la técnica de pintura de los iconos procede desde los colores más oscuros hacia los más claros, sacando la luz, iluminando.

En su mano izquierda Cristo sostiene un rollo, un pergamino, que contiene la Palabra escrita, la Revelación. Él es la Palabra y al mismo tiempo su exégesis, su interpretación. Cristo es el Logos. Con la mano derecha bendice el cosmos, señalando con sus dedos la unidad de la Santa Trinidad y su doble naturaleza, divina y humana.

Como en todos los iconos la cabeza de Cristo está envuelta en una aureola cruciforme de color dorado. La cruz distingue la aureola de Cristo de la de los santos. Además una inscripción hace referencia a la revelación de Dios en la zarza ardiente: "Yo soy el que soy". Además, la persona de Cristo está envuelta en varias aureolas de gloria: una de ellas tiene forma de estrella, indicando que Cristo es Señor del Universo. La circular lo señala como Señor del cielo, mientras que la cuadrada, indicando los cuatro puntos cardinales, lo manifiesta como Señor de la Tierra. El color verde pardo indica, según algunos intérpretes, que Cristo es, por su Resurrección, señor también de los infiernos, del reino de la muerte.

A los lados de Cristo, y curvados hacia Él, aparecen representados Moisés y Elías, que hacen referencia a la Ley y los Profetas, respectivamente. Pero en la tradición oriental aluden también a los muertos y a los vivos, ya que Cristo es Señor de vivos y muertos. Moisés, a la derecha, representa a los muertos, pues murió sin llegar a ver la tierra prometida. Elías, a la izquierda, representa a los vivos, ya que fue arrebatado al cielo en un carro de fuego, como narra la Escritura. Moisés y Elías son amigos de Dios, hombres de cumbre, de oración. Moisés aparece de pie sobre un monte, el Sinaí. Elías sobre otro monte, el Horeb. Moisés lleva en sus manos las tablas de la Ley y las inclina ante Cristo, reconociendo en Él la ley verdadera, la plenitud de la Ley. Está vestido de rojo, color de la divinidad, pues conversó con Dios cara a cara en lo alto del Sinaí. Elías señala a Cristo, indicando que Él es el Verbo que el profeta había escuchado y el que había de venir.

El icono de la Transfiguración constituye una anticipación de la Resurrección de Jesús y de su segunda venida. Es también un resumen de la historia sagrada: la antigua y la nueva alianza, cuyo centro es Cristo. Aquí la ley dada a Moisés cede ante el que es la Ley personificada. Y la suave brisa en la que Dios se manifestó a Elías en el Horeb se convierte en la revelación personal del Verbo hecho carne, muerto y resucitado.

Hay un claro contraste en el icono entre el registro superior y el inferior. Mientras que las figuras de Cristo, Moisés y Elías aparecen serenas, en majestad, los tres apóstoles aparecen tirados por tierra, pues como decía San Mateo, al revelarse la gloria de Cristo "cayeron de bruces". Pedro, Santiago y Juan, los mismos que estarán presentes, dormidos, en la agonía del huerto de Getsemaní, cuando Jesús les parecerá sólo un hombre, no soportan ahora la visión de su gloria y al escuchar la conversación de los tres personajes acerca de la pasión y muerte de Jesús se llenan de espanto. Pedro, a la izquierda, de rodillas en el suelo, se protege los ojos de la intensidad de la luz y señala con un dedo a Cristo, como confesión de fe. Juan, atemorizado, está postrado en tierra y da la espalda a la luz dirigiéndose a quien contempla la imagen. Más

tarde escribirá: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto y nuestras manos han tocado, eso os anunciamos”. Santiago, quien llegaría a ser primer obispo de Jerusalén, parece huir despavorido, al tiempo que se protege del resplandor tapándose la cara con la mano.

En los iconos no hay propiamente paisaje. Aparece la creación, estilizada, arrastrada por el movimiento de la gracia y de la luz. Aquí vemos las dos montañas santas de Moisés y Elías, que representan el Antiguo Testamento, y en el centro la montaña de Cristo, que representa la Nueva Alianza, el Tabor pero también el Calvario. A diferencia de las otras dos, en esta cumbre florece la vegetación, símbolo de la Pascua, de la eterna primavera de la Iglesia.

Como veis la “lectura” de un icono es un proceso apasionante. Está cargado de significado, lleno de referencias bíblicas implícitas y un rico simbolismo en las formas y los colores. Para entender los iconos sagrados de oriente, y también mucho de nuestro arte románico e incluso gótico, es necesario además leer a los Santos Padres y los antiguos textos de la tradición cristiana.

Así, por ejemplo, leemos en San Juan Damasceno: “(Cristo) No se transfigura asumiendo lo que no era, sino mostrando a sus discípulos lo que era, abriéndoles los ojos, y de ciegos como estaban los convierte en videntes. Permaneciendo siempre el mismo en su identidad, se muestra ahora a sus discípulos bajo un aspecto diverso respecto al que antes se manifestaba”. Cristo abrió los ojos de sus discípulos, y estos, como escribe San Máximo el Confesor, “pasaron de la carne al espíritu”. Por un instante Cristo les concede contemplar la gloria de su divinidad, para fortalecer su fe ante la inminente pasión. Esa gloria estaba velada bajo la carne, por condescendencia, pues “nadie puede ver a Dios sin morir”. Ahora la carne se vuelve transparente como el cristal, como escribe San Gregorio Palamás: “El poder divino brillaba como a través de láminas de vidrio, resultando diáfano a cuantos habían purificado el ojo del corazón”.

Muestra, por un instante, el estado permanente que adquirirá su cuerpo después de la Resurrección y que los cuerpos de los santos poseen en el Reino de los Cielos, para ayudar a los apóstoles y prepararlos a la prueba de su Pasión: “Antes de la Cruz, Señor, tomando contigo a los discípulos sobre una alta montaña, te transfiguraste ante ellos, iluminándoles con los rayos de tu majestad. Por amor hacia los hombres y por tu poder soberano querías mostrarles el esplendor de la Resurrección” (Kondakion de la fiesta de la Transfiguración).

El comentario podría continuar, pero lo dejamos aquí. Podemos decir, como resumen final, que el icono y la Fiesta de la Transfiguración (“metamorfosis” en griego) expresan la teología de la divinización del ser humano, que en Cristo es transformado, pasando de las tinieblas a la luz, de la postración a la exaltación, de la muerte a la vida eterna. Y para nosotros, que queremos entender el arte cristiano, se convierte en “icono” por antonomasia de toda creación que nace de la fe: el artista necesita los “ojos de la fe” para poder ver la gloria de Dios, la luz increada, que está velada en toda criatura, pero que sólo habita personalmente en Cristo, el Verbo hecho carne, muerto y resucitado.



Seguimos leyendo la introducción de *Lumen fidei*:

### ¿Una luz ilusoria?

2. Sin embargo, al hablar de la fe como luz, podemos oír la objeción de muchos contemporáneos nuestros. En la época moderna se ha pensado que esa luz podía bastar para las sociedades antiguas, pero que ya no sirve para los tiempos nuevos, para el hombre adulto, ufano de su razón, ávido de explorar el futuro de una nueva forma. En este sentido, la fe se veía como una luz ilusoria, que impedía al hombre seguir la audacia del saber. El joven Nietzsche invitaba a su hermana Elisabeth a arriesgarse, a «emprender nuevos caminos... con la inseguridad de quien procede autónomamente». Y añadía: «Aquí se dividen los caminos del hombre; si quieres alcanzar paz en el alma y felicidad, cree; pero si quieres ser discípulo de la verdad, indaga». Con lo que creer sería lo contrario de buscar. A partir de aquí, Nietzsche critica al cristianismo por haber rebajado la existencia humana, quitando novedad y aventura a la vida. La fe sería entonces como un espejismo que nos impide avanzar como hombres libres hacia el futuro.

3. De esta manera, la fe ha acabado por ser asociada a la oscuridad. Se ha pensado poderla conservar, encontrando para ella un ámbito que le permita convivir con la luz de la razón. El espacio de la fe se crearía allí donde la luz de la razón no pudiera llegar, allí donde el hombre ya no pudiera tener certezas. La fe se ha visto así como un salto que damos en el vacío, por falta de luz, movidos por un sentimiento ciego; o como una luz subjetiva, capaz quizá de enardecer el corazón, de dar consuelo privado, pero que no se puede proponer a los demás como luz objetiva y común para alumbrar el camino. Poco a poco, sin embargo, se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, éste queda en la oscuridad, y deja al hombre con el miedo a lo desconocido. De este modo, el hombre ha renunciado a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino. Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija.

La fe como algo del pasado, como un espejismo, una ilusión contrapuesta a la razón moderna. El papa -y aquí reconocemos la pluma y la forma de razonar de Benedicto XVI- no tiene miedo de plantear las objeciones más comunes a la fe cristiana. Y lo hace citando a Nietzsche. “Crear sería lo contrario de buscar”. La respuesta a esta contraposición es precisamente toda la encíclica *Lumen fidei*. “La luz de la razón autónoma” -y es inevitable pensar aquí en Kant y en el racionalismo moderno- “no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, éste queda en la oscuridad, y deja al hombre con el miedo a lo desconocido”.

Como ayuda para entender el alcance de esta afirmación vamos a acudir a otro icono. En esta ocasión del gran Andrei Rublev.



Icono del Salvador, Andrei Rublev, 1410

Hemos elegido este icono por su azarosa historia. Esta tabla, datada en 1410, fue descubierta, junto a otras pertenecientes al iconostasio de Zvenígorod, en 1919, en un pajar de una zona rural cercana a la catedral de la Dormición. Las tablas estaban completamente cubiertas de lodo y habían sido utilizadas como peldaños de una escalera.

La tabla ha sido atribuida a Andrei Rublev. Este célebre iconógrafo nació entre 1360-1370, y falleció hacia el 1430. Se consagró como monje, primero en Zagorsk, en el Monasterio de la Trinidad y San Sergio, y luego en el Monasterio de Andronikov, en Moscú. Trabajó primero como asistente de grandes maestros realizando iconos y frescos para la Catedral de la Anunciación de Moscú. Trabajó después en la renovación de la Catedral de la Dormición de la Virgen, en Vladimir. La iglesia había sido saqueada por los tártaros casi dos siglos antes. La mayoría de las pinturas que realizó para esta iglesia permanecen intactas y en ellas puede aún verse el genio del pintor y su estilo característico.

La otra ciudad en la que trabajó Rublev fue Zvenígorod. Actualmente es una pequeña localidad en la provincia de Moscú, pero en los siglos XIV y XV fue la capital de un fuerte principado que competía con Moscú para convertirse en el centro de la reunificación del país. Igual que en Vladimir, Rublev creó en Zvenígorod el iconostasio y los frescos de las paredes de la principal iglesia de la ciudad, que fue consagrada a la Asunción de la Virgen. Se conservan sólo algunos fragmentos de estos frescos y únicamente tres iconos del iconostasio, entre ellos este Salvador.

Durante la época soviética, cuando las propiedades de la Iglesia fueron confiscadas y nacionalizadas por las autoridades, los iconos de Rublev que no fueron destruidos, así como los de otros maestros, fueron entregados a los museos. La mejor colección de las obras de Rublev, que incluye el famoso icono de la Trinidad y también este Salvador de Zvenígorod, forma parte de los fondos de la Galería Tretyakov de Moscú. En 1956 en las instalaciones del monasterio del Salvador y Andrónico fue abierto el museo de la cultura rusa medieval, que lleva el nombre del pintor. En 1966 el cineasta soviético Andrei Tarkovski rodó la película "Andrei Rublev", que os recomiendo vivamente.

En este icono el rostro de Jesús nos mira atravesando una distancia de siglos. La tabla, una de las obras maestras del quizá mayor iconógrafo que ha habido en la historia, permaneció olvidada, despreciada, sirviendo de peldaño en un humilde pajar. Y cuando fue rescatada fue llevada a un museo, donde no cumple la misión para la que fue creada. Como la fe de la que habla el papa: considerada por muchos algo del pasado, algo inútil, válido sólo para sostener la vida de personas ignorantes. Me parece que es todo un símbolo.

## INTRODUCCIÓN (LF 4-8)

Terminamos de leer la introducción:

### **Una luz por descubrir**

4. Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente

más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro «yo» aislado, hacia la más amplia comunión. Nos damos cuenta, por tanto, de que la fe no habita en la oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas. Dante, en la *Divina Comedia*, después de haber confesado su fe ante san Pedro, la describe como una «chispa, / que se convierte en una llama cada vez más ardiente / y centellea en mí, cual estrella en el cielo». Deseo hablar precisamente de esta luz de la fe para que crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz.

5. El Señor, antes de su pasión, dijo a Pedro: «He pedido por ti, para que tu fe no se apague» (Lc 22,32). Y luego le pidió que confirmase a sus hermanos en esa misma fe. Consciente de la tarea confiada al Sucesor de Pedro, Benedicto XVI decidió convocar este *Año de la fe*, un tiempo de gracia que nos está ayudando a sentir la gran alegría de creer, a reavivar la percepción de la amplitud de horizontes que la fe nos desvela, para confesarla en su unidad e integridad, fieles a la memoria del Señor, sostenidos por su presencia y por la acción del Espíritu Santo. La convicción de una fe que hace grande y plena la vida, centrada en Cristo y en la fuerza de su gracia, animaba la misión de los primeros cristianos. En las Actas de los mártires leemos este diálogo entre el prefecto romano Rústico y el cristiano Hierax: «¿Dónde están tus padres?», pregunta el juez al mártir. Y éste responde: «Nuestro verdadero padre es Cristo, y nuestra madre, la fe en él». Para aquellos cristianos, la fe, en cuanto encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo, era una «madre», porque los daba a luz, engendraba en ellos la vida divina, una nueva experiencia, una visión luminosa de la existencia por la que estaban dispuestos a dar testimonio público hasta el final.

6. El Año de la fe ha comenzado en el 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Esta coincidencia nos permite ver que el Vaticano II ha sido un Concilio sobre la fe, en cuanto que nos ha invitado a poner de nuevo en el centro de nuestra vida eclesial y personal el primado de Dios en Cristo. Porque la Iglesia nunca presupone la fe como algo descontado, sino que sabe que este don de Dios tiene que ser alimentado y robustecido para que siga guiando su camino. El Concilio Vaticano II ha hecho que la fe brille dentro de la experiencia humana, recorriendo así los caminos del hombre contemporáneo. De este modo, se ha visto cómo la fe enriquece la existencia humana en todas sus dimensiones.

7. Estas consideraciones sobre la fe, en línea con todo lo que el Magisterio de la Iglesia ha declarado sobre esta virtud teologal, pretenden sumarse a lo que el Papa Benedicto XVI ha escrito en las Cartas encíclicas sobre la caridad y la esperanza. Él ya había completado prácticamente una primera redacción de esta Carta encíclica sobre la fe. Se

lo agradezco de corazón y, en la fraternidad de Cristo, asumo su precioso trabajo, añadiendo al texto algunas aportaciones. El Sucesor de Pedro, ayer, hoy y siempre, está llamado a «confirmar a sus hermanos» en el inconmensurable tesoro de la fe, que Dios da como luz sobre el camino de todo hombre.

En la fe, don de Dios, virtud sobrenatural infusa por él, reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una Palabra buena, y que, si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría. Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios. ¿Cuál es la ruta que la fe nos descubre? ¿De dónde procede su luz poderosa que permite iluminar el camino de una vida lograda y fecunda, llena de fruto?

Nos quedamos con este reclamo del papa: “es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe”. “Una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos”. Como en el icono de la Transfiguración. La luz procede de la Trinidad, es la luz increada, que irradia de Cristo resucitado. “La fe nace del encuentro con el Dios vivo”, transformados por su amor “recibimos ojos nuevos”. La fe es un “don sobrenatural” que procede, en parte, del pasado, de la “memoria fundante de la vida de Jesús”. Pero es también luz que viene, sobre todo, del futuro, de Jesús resucitado que “nos atrae más allá de la muerte”. “La fe es nuestra madre”, que nos da a luz. “Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana”.

Acompañados de estas palabras y de las imágenes sagradas de la tradición cristiana continuamos la lectura teológica de *Lumen fidei*.